

El tío narices

FRANCISCO JOSÉ HERNÁNDEZ MATA

“Como los lirios del estiércol, también las pasiones menos impuras germinan en la animalidad. En la mayoría el amor se reduce a un desahogo de la sangre, a una frotación de mucosas para alcanzar el orgasmo” *Giovanni Papini* .¹

Sobre la desarreglada cama matrimonial, yacía desnudo y cubierto hasta la cintura, con un pedazo de manta, bastante sucia por cierto; así se veía el muerto. Su boca y sus ojos estaban abiertos, porque nadie, extrañamente había tenido el cuidado de cerrarlos. Su cuerpo ya tenía rigor mortis, y su rostro perfilado, inexpresivo, sus ojos inertes y vidriosos miraban hacia el cielorraso, como si pidieran al cielo un tardío perdón. La nariz, tirada hacia abajo, por acción de la boca abierta, se veía aguileña, y más grande que de costumbre: era un panorama triste en verdad, que encarnaba asimismo el fracaso y el abandono total en un ser humano.

Allí en la misma estancia, en un rincón y sentados en unos bancos de madera de color blanco, dos personas dialogaban.

-¿Dígame una cosa, señora? ¿Cómo fue que sucedió todo esto?

-Vea oficial, ya se lo he explicado tres veces y usted me insiste en que le cuente todo una vez más. ¿Por qué? ¿Es acaso tonto?, ¿No me entiende lo que le he dicho? Es muy simple y muy claro: esta es la última vez que se lo vuelvo a contar; así que si es medio alelado ponga bien atención. ¿O quiere que se lo dibuje, entonces?

-Vea doña, no se me enoje, es que mi oficio es precisamente ese, que los hechos estén bien claros y no dejar cabos sueltos, en la oficina me lo piden así y no me puedo saltar las órdenes, ¿comprende? Es que es a mí luego al que suspenden por no hacer bien el trabajo.

-Es que es tan sencillo, oficial, vea: el señor este, don Anselmo o como se llame, estaba conmigo, se puso muy eufórico, mucho más que de costumbre, pues siempre era medio singracia para la cosa, pero esta vez respiraba fuerte, mucho y me decía cosas todo entusiasmado. De un momento a otro respiró muy fuerte,

me puso la cara en el hombro, sobre la clavícula y allí paró todo. Como su cabeza me pesaba mucho, le dije: Papi, ya quítese que mis viejos huesos no aguantan su cabeza, que además de estar toda sudada y hedionda pesa mucho. No me contestó nada, entonces traté de empujarlo y no podía moverlo, parecía un saco de chiverres, pesadísimo. Tuve que gritar pidiendo auxilio, y varias de las “compas” vinieron y entre todas me lo quitaron. Llamamos a la Paca y luego vino usted con el OIJ, ya tengo varias horas de estar en esto. Me siento loca y cansada. Eso es todo, no hay más qué contar. Eso sí, es la primera vez en la vida que una cosa semejante me pasa, y creo que estoy tan traumada que me voy a retirar del oficio. ¿Ha de creer usted que yo pensaba que el mae este se estaba viniendo...y más bien se estaba yendo? ¡Que cosa más rara! Estas varas sólo a una mae tan salada como yo le pasan, dan mucho taco. Además de pasar un montón de noches sin dormir, voy a ir a la Mercé [sic] a prenderle una velita al Cristo tan milagroso que tienen allí, para que me ayude en este trance tan hijueputa...

-Señora, ¿desde hace cuánto conoce a este señor Anselmo? Perdone, pero ¿cuál es su nombre?

-Uuuh, hace como quince años que viene todas las semanas. Era buena gente, siempre me traía frijoles, arroz, atún y hasta pan. Un gran corazón, era muy bueno conmigo.

-Señora, pero ¿usted no me ha dicho su nombre?

-¿Para qué quiere saber mi nombre? Eso no tiene importancia.

-Sí, si la tiene, en el reporte tengo que poner que hablé con fulana de tal y que viene de tal parte del país. No puede ir anónimo.

-Espero no meterme en ningún lío, con eso de dar mi nombre. Me llamo Hermelinda Gómez Porras. Me dicen la Herme, o la Linda Gómez. Yo nací en Sabanillas de Acosta. Mi mamá era medio indilla de allí, mi papá era un gringo de la Zona del Canal de Panamá, por eso salí machilla con ojillos verdes.

-¡Vea que coincidencia, señora! Yo también vengo de Acosta, pero del centro del pueblo. Viví siempre con mi familia allí, casi toda mi vida, pero un día me vine a San José con la idea de buscar una mejor vida. Aquí terminé mi bachillerato, y cuando abrieron un concurso en el Organismo, apliqué [sic] y me dieron esta chambilla, claro tuve que hacer cursos de adecuación y entrenamiento, además de andar con corbata, no tiene idea lo que me estorba. ¡Alabao sea Dios! ¡Qué mundo más pequeño! Los dos venimos del mismítico Acosta. Ahora, volvamos al brete...

-¿Sabe usted, doña, cuáles son los apellidos del difunto? ¿Dónde vive? No porta documentos de ningún tipo, ni siquiera tiene billetera.

-Eso sí que no lo sé, jamás me dejó preguntarle nada de su vida personal, ni qué hacía, ni en qué parte de San José vivía. Era muy reservado: me dijo, una vez, todo chiva, porque a veces padecía de mal genio: “Usted sólo cumpla con su deber, yo no vengo aquí a que me hagan preguntas”. ¡No vuelva a tratar de averiguar lo que no le importa o me voy a jalar de aquí para siempre!

-‘Ta bien, papi, era sólo para hacer conversación. Allí acabó todo, aunque no pagaba mucho, a veces me dejaba cinco mil cañas, que hoy día ni para los chayotes, pero pior es nalgas...

-Señora, ¿cuánto tiempo tiene de estar aquí?

-En esta casa, como alrededor de veinte años. Antes trabajé en otra, allá por Cristo Rey, y hacía algo de platilla, pero ya vieja, tuve que jaleas para este tugurio aquí en el Paso de la Vaca.

-¿Qué es exactamente lo que hace usted aquí?

-Usted verá: Soy secretaria ejecutiva bilingüe, traduzco del “ca” al español y del español al “ca” y trabajo para la gerente de la casa, Doña Amparo. Vea, maricón, si se está burlando de mí, se los voy a patear bien pateados, no es la primera ni la última que se lo he hecho a un mae, aunque sea un paco. ¡A burlarse de la puta vieja de su abuela, gran cabrón!

-¡No se me enoje, señora, no me estoy burlando de usted! Es que esa pregunta está en el cuestionario que le tengo que hacer, vea no más. Sólo conteste y ya está. Después tendrá que firmar la declaración con todo esto. Es un formalismo, nada más. Si ese hombre no se le hubiera muerto encima, no tendría entonces que responder a nada... pero así es la vida.

-Bueno, soy puta, así de simple: puta de pies a cabeza. Tampoco es problema mío que ese cabrón se me muriera encima, yo no fui la que lo mató. ¿Me entiende, mae?

-Gracias, está bien.

-¿Podría decirme otra cosa en particular sobre este masculino? Algún detalle que nos ayude en la identificación del mismo.

-Creo que es casado, pues me dijo un día que si lo llegaba a ver en compañía de su esposa o sus hijos en la calle, no se me fuera a ocurrir saludarlo, es más que ni lo volviera a ver siquiera. Eso es todo. De él si le puedo decir que tenía unas cosas rarísimas. Le gustaba que cuando estaba con él, me pusiera tacón alto y le clavara los tacones en la espalda, suave, pero con fuerza, con cuidado de no marcarlo, para evitarse clavos en la choza, con la roca, me contó era muy muy chiva y lo cела hasta con la escoba. ¡Ja! ¡Celar a esa momia tan fea! Usted verá: jamás he usado tacón alto y entonces tenía que pedirselos a una compa, Marita, esa es joven y usa un tanate de carajadas raras, pinturas, collares y hasta pelucas; yo soy más simple que un calzón de manta untado de caca. Con esos zancos me quería ir de jupa. Además, me insistía que no me quitara el tallador, pues no le gustaban las tetas. Le gustaba que le dijera cochinas cuando estaba con él. A veces tenía problemas, creo que por la edad, pues no le funcionaba el chunche. En muchas ocasiones se me apachurraba todo, se deprimía y sentao chingo en la cama, con la barbilla que le pegaba en el ombligo; daban ganas de llorar. Tenía un cuerpo muy feo, sin nada por ningún lado, era como cuadrado, una gran panza y las canillas muy flacas, un pitillo que daba risa, además siempre andaba medio hediondillo. Era muy grosero con lo que me decía el gran cabrón, por ejemplo, que en cuanto salía de aquí iba sopla pa' la choza a bañarse; eso quería decir que el viejo cabrón no se había bañado ni lavado antes de venir aquí. ¿Ha de creer usted? Olía con frecuencia mal, en especial por allá. A mí, que soy tan pobre, me ofendía eso mucho, pues a pesar de todo, siempre ando muy, muy limpia, en especial en el sur del territorio nacional. Le gustaba mucho que le hiciera cosas con mi boca, y hubo veces que tuve que salir al baño a botar el rancho. Pero esos son gajes del

oficio, y no siempre la gente es considerada con una. Usted sabe, la necesidad me obligaba a hacerme la chancha y aguantar esas varas tan feas. Creo que algunas de las muchachas de la casa llaman a eso “machismo”, aunque no entiendo lo que significa esa palabra. A él le gustaba jugar conmigo, tenía una lengua muy buena, todo lo que yo quisiera, pero jamás mis tetas, pues le daban asco, eso me lo repitió mil veces. Eso me parecía demasiado raro, demasiado. Soy vieja, y chiquitilla, pero mis tetas han sido muy gustadas. ¡Vea no más qué hermosas, a pesar de los años! ¡Toque, toque!

-No hace falta, usted sabe, estoy en mi brete y no se me permite hacer cosas así.

-¿O acaso a usted le dan asco, también?

-No, no es eso, es el Reglamento. Allí afuera hay otros agentes y si me ven tocándole las tetas, me suspenden luego, eso es semejante a tomar licor cuando uno anda breteando. ¿Me comprende?

-Bueno, no sé... Los hombres son bien raros a veces, antes “ellos”, luego “ellos” y después “ellos”. Una es como una cochinateda y la hacen sentir que debería agradecerles que la tomen en cuenta. Usted me entiende, yo necesito de este oficio para poder vivir, ya estoy vieja y no es lo mismo que antes. Muchas veces amanezco sin nada qué comer, además mis hijos, que algunos fuman piedra, o los vecinos, me roban lo poquillo que tengo. Cuando él me traía cosas, tenía que ponerlas debajo o a un lado de mi camilla, y a veces mientras ruleaba se esfumaban. Lo que hacía entonces era llorar, mi vida es horrible, una verdadera mierda. Por dicha no tengo otros vicios como piedra o guaro, o yerba; no fumo, esas varas no me cuadran nada y si me he metido mis guarapetazos o fumado, es porque me han pagado para hacer un “chou” de tortis, pero forzada por la situación. Ya roca tuve que aprender a hacer esas varas, la costra no me cuadra para nada, pero hay maes rarísimos que lo piden, entonces la tarifa sube bastante, usted me entiende, la vara está pelis. No se imagina mae, no se imagina usted la puta vida de puta que llevo... Vivo en esta vida desde los doce años, ahora tengo sesenta y siete, saque la cuenta. Todo empezó cuando el hijueputa de mi abuelo me llevó a la casa de doña Juana, una mujer que alquilaba chiquillas y chiquillos, de doce a catorce años, a los trabajadores de las fincas de café y de arroz. Usted sabe, hay maes a los que les cuadran en puta los carajillos y las carajillas, son unos hijueputas cochinos y pervertidos. En el campo todo eso es muy común y nadie hace un tanate porque se cogieron a algún cabrillo, eso es casi normal. Mi abuelo, por ejemplo, el malparido me violó cuando yo tenía sólo ocho años. Sangré un montón de días, y viera qué dolor. Era huérfana de madre y el cabrón de mi tata se jaleas para Limón, con el cuento de que allí iba a hacer plata breteando en los muelles y me iba a llevar y a poner en una escuela para que estudiara y aprendiera bien inglés y de todo... Resultó todo en un puro cuento, allí lo mataron en una cantina a puñaladas, estaba todo borracho. ¡Qué rico que se lo echaron al pico así, por mal padre! El hijueputa, que se llamaba Charlie, nunca aprendió a hablar español bien, parecía una lora nueva: toditico trabao, a veces ni yo le entendía, entonces me hablaba solo en inglés, y yo algo medio le hago, diay, hija de tigre, sale pintada. Como usted me entenderá, entonces me quedé solita y no tenía a nadie que me

cuidara. El cabrón del abuelo, que en realidad era un tío de mi mamá, se cansó de mantenerme y luego se libró de mí, después de usarme por un buen tiempo, casi todos los días. Se deshizo así no más de mí: sin decirme nada, me llevó a la zona bananera y me vendió a una tal Juana, por dos mil pesos, que era mucha plata en esos días. Vale que la roca esa, dueña de un gran putero, fue bien buena conmigo, nunca me pegó, ni me obligó a estar con otras maes, como a las otras de la casa. Doña Juana decía que yo era delicada, para hombres buenos, sanos, finos, que supieran apreciar un culito tierno y limpio como el mío. Eso sí, me hizo trabajar todas las noches y muchas veces por muchos años. Yo no aguantaba esa vida ya, no había feriados ni nada. Por dicha que un día la puta vieja amaneció como una rata, tiesa en la cama, viera qué tarro más feo tenía cuando estaba muerta, parecía que le había salido el diablo. Antes de eso, otras de las carajillas se le rebelaban a menudo; entonces les daba duro, en especial a los cabritos, que eran más rebeldes y que también ella compraba. Fíjese que cuando no querían estar con viejos hediondos y borrachos, los desnudaban primero, los amarraban a un horcón y los pichaceaban bien con verga de toro, sangraban a montones y, además, no les daban nada de comer, hasta que se pusieran mansitos y se apuntaran a la vara. Recuerdo un machillo que se llamaba José Adrián, como era muy bonito, después que lo domaron bien a puro pichazo, lo ponían a bretear más que a nosotras: todos los maes que venían siempre al putero lo querían todos los días. Al día siguiente no se podía ni sentar; el pobre, más de una vez, anduvo bien pegao. Un doctor de una farmacia, que era cliente nuestro, le ponía inyecciones, hasta que estaba bueno. Entonces el maecillo, haciendo mofa, decía: “estoy de vacaciones”. Se la tiraba rico, viendo televisión y pargueándola todo el día. Yo creo que al final le cuadró la vara, porque ya no estrilaba nada cuando breteaba y se le oía jadear de lo lindo, estaba pasándola rico, además era un poco escandaloso. Con frecuencia pedía más clientes hombres, ojalá grandes y peludos, porque le gustaban así; la doña le daba un pequeño porcentaje por cada maje, entonces el mae se ponía bien goloso y no quería parar de trabajar, pues quería ahorrar para escaparse en algún momento. Pero como todo en la vida, cansado un día de tanto brete y recibir muy poca lana, se escapó para Chepe metido dentro de un camión lleno de plátanos y arroz de un cliente que pasó la noche con él. La Doña dijo que era un malagradecido, que si alguien se lo encontraba le pagaba cincuenta mil cañas, billete sobre billete. Después de agarrarlo iba a darle cincuenta mil leñazos, le iba meter un chile picante dentro del culo y si quedaba vivo lo iba a hacer pagarle todo lo que invirtió en él. Nunca lo encontraron, a pesar de que muchos se ofrecieron a buscarlo, creo que el camionero que lo ayudó a escapar lo protegió, pues le cuadraba mucho, sobre todo que era alto, con cara de modelo de revista, muy dotado por el “sur del país”, tragón como ninguno y cuando estaba de buenas era muy simpático. Pocos días después, la roca se palmó y el majecillo se salvó. Ahora lo he visto aquí en la ciudad, es piedrero y anda bien pijeado todo el tiempo; ahora es más alto todavía y más guapo que antes. Un día lo llamé y le hablé, por allí por el Correo, pero no se acordaba de mí, yo creo que se hizo el mae. Bueno, creo que ya me cansé de hablar tanta mierda con usted. Ya no hablo más, ya no hay que decir nada más, ya tengo el culo plano de estar sentada en

esta silla tan dura. Al roco, este cabrón, que lo entierren pronto, pues estoy toda, toda traumatizada. Sólo pienso en que se me acabó la ayudita en comida que me daba este don. Así es la vida, una tan pobre y la vida la hace más pobre e indefensa cada día. Ah, una vara que se me olvidó. Cuando salió esa costra de la viagra, el doctor de la farmacia por la choza de él, al principio le dijo que le tuviera un poco de taco; pero tiempo después, otro le recomendó que tomara una parecida, marca “genérica”, según me contó, un toque más barata, que le sirvió bastante. La cosa iba de maravilla, venía más a menudo, hasta el día de hoy, que se me palmolive encima, fue el mejor de todos... Yo le pedía siempre que usara condón, era para protección de ambos, como dicen en la tele, pero siempre me decía que no le gustaba, que si se lo ponía se le iba el tiliche p’abajo. ¡Raro el mae ese! Era un buen roco, parecía como si fuera mi marido: me aconsejaba y me regañaba, era un poco leído y a veces no le entendía las palabras que usaba... al final terminé queriéndolo bastante.

-Gracias, señora, ha sido muy cooperadora.

-¡Ja! Señora... ¡ja! nadie me dice así jamás, déjese de varas y no me llame así. Algunos me dicen “la abuela”, por mi pelo blanco...

Es la amplia sala de la casa de la familia González Alvarado. En el centro yace el féretro con el cadáver de doña Eugenia Carlota. Murió relativamente joven, debilucha, de fiebres muy fuertes, con alergias a todo, hasta a la vida misma, su rostro no era ni el reflejo de aquella belleza de otrora. Dejó al marido inconsolable y con el pequeño de ambos: Manolín. Era un niño raro, relativamente feo, con una nariz un tanto grande, lleno asimismo de males, alergias, urticarias, con un pelillo ralo, acolochado y todo blanco como el papel de cera. Tenía nada menos que seis años, y pronto daría inicio uno de sus calvarios: el estudio. Parecía, además de feo, medio tonto y no lograba fijar la atención en nada, que no fuera la comida, la que, al final, siempre le daba asco, o los culos de las mujeres entradas en carnes. Cosa rara, era demasiado niño para pensar en eso y, aun cuando no decía palabra alguna, se agachaba para “samuelear” a las damas, cuando estaban sentadas. Se percibía desde entonces que iba a ser un niño bien extraño, casi como anormal y perversidillo además. Era solitario y lloraba frecuentemente, acompañando sus llantos con berrinches, durante los cuales pateaba a la gente y golpeaba con cualquier cosa que tuviera a mano todos los muebles que estaban a su paso. Su padre, médico de cierta fama, no tenía la menor paciencia con él. Volvía a ver al muchacho y lo callaba, ya fuera amenazándolo con darle un bofetón o golpeándolo con lo que tuviera a mano en medio de su cabeza, siempre desgredada y hedionda.

-¡Ya, güevón! ¡Te vas a callar, maricón, o tendré que hacerlo yo! Ahora tu mama no está para protegerte, así que cualquier cosita te la voy a corregir como se debe.

El médico, Manuel, era alto, de buenas facciones e impecablemente vestido. Se notaba que era de buena cuna y sus modales con todo el mundo siempre eran exquisitos. En cuanto a su hijo, el pobre no le tenía paciencia, consideraba que

para ser hijo suyo era demasiado feo y enclenque, y medio tonto: -¿Qué estaré pagando yo, Dios mío, con este mierdoso tan feo y medio alelao? -¿Cómo puede ser eso hijo mío, a quién putas salió así de feo y con ese carácter? Pero lo que soy yo, lo enderezo a puro palo, aunque lo mate.

La idea de deshacerse del niño le había cruzado más de una vez por su cabeza. Era tan enfermizo, que cruzar un par de medicinas o una dosis más fuerte bien podría haberle servido para su propósito... un ataque fulminante de asma... La verdad es que nadie nunca iba a sospechar o preguntar... Pero los principios cristianos que, por desgracia para él, le habían inculcado sus padres, en especial su madre, se le ponían por delante y evitaban que llevara a cabo su propósito. Sabía que, en el fondo, el niño era un inocente y no tenía culpa de nada, pero le resultaba tan feo, que evitaba tocarlo o acariciarlo. ¡Jueputa carajillo más mal hecho! ¿Qué estaré pagando con un güila así?

La idea de darlo en adopción también le vino a la mente insistentemente ese día y pensaba todo el tiempo cómo podría hacerlo, pero pensaba que quién iba a aceptar un mocoso tan refejo. Por su parte, él estaba relativamente joven todavía, las mujeres lo apetecían mucho y tenía derecho a vivir como se debe, sin llorones de mierda a su alrededor, dándole lata todo el tiempo. Pensó conversarlo con uno de sus hermanos, en fin, pedir ayuda. Pero, ¿quién iba a querer a un muchacho tan feo...? Volvió a pensar. Por el momento debía concentrarse en el duelo y las exequias de su esposa. ¡Cuánta falta le hacía! Pensaba que había sido una gran muchacha y ambos se habían amado muchísimo. Todo lo malo empezó cuando nació el mierdoso ese; ella se enfermó y “no levantó cabeza” desde entonces, la atacaron todos los males del mundo juntos. Antes, al inicio de su matrimonio, todo era tan bonito, habían viajado mucho juntos y vivían bien, tenían una linda casa y hermosos amigos y amigas. ¡Lata de mierda, todo es culpa del alipejo [sic] ese! ¡A veces es mejor que cierta gente no nazca, sobre todo cuando le vienen a hacer la vida imposible a uno! Se detuvo asustado por lo que pensaba y entonces rezó: Santo Señor Dios mío, ¿qué estoy diciendo? ¡Ten piedad de mí, Señor! Estoy hecho un monstruo, de verdad que sí. ¿Cómo controlar estos sentimientos tan malos? Se puso entonces de rodillas al pie de su cama, juntó sus manos y con dolor en el pecho, rezó en silencio: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad...*²

Corrían los años cuarenta y tantos, la guerra en Europa ya había pasado y había un poco menos de zozobra entre la población de San José y el resto del país. Tenía su casa en el Barrio Aranjuez: grande, amplia y exquisitamente decorada. El médico no entendía qué pudo haber salido mal. Era tan feliz y, pese a lo feo de su hijo, su mujer sí lo amaba con ternura y mimaba mucho, a tal punto que parecía que se había olvidado de él por el infante. ¡Cuánto lo detestaba!

Esa noche decidió cerrar la capilla velatoria, que como era costumbre en esos días, estaba en la amplia sala de su residencia. Se sentía tan abatido y agotado que quería dormir algo al menos. Así se lo hizo saber a todos los presentes quienes, muy comprensivos, se marcharon poco a poco. Había mandado a toda la servidumbre a sus casas, no soportaba la presencia de nadie cerca de él. Se quedó entonces sólo con su hijo al que preparó adecuadamente y acostó. Luego se fue a su cuarto, frío, grande, vacío de su amor; se acostó también. Al día siguiente

sería el terrible drama de dar sepultura a su bella esposa. No habían pasado más de quince minutos, cuando Manolín se asustó, en medio de la oscuridad de la habitación y comenzó con uno de sus terribles berrinches. Furioso se levantó, no sin antes coger su fina faja de cuero, e irse directamente al cuarto de su hijo.

-¿Qué putas te pasa ahora, pendejo horrendo? ¿Querés que te pele el culo de unos buenos fajazos? ¿Te vas a callar de una puta vez?

Manolín, asustado se calló, pero luego hizo una mueca, que a todas luces parecía una risa de burla, pero no era otra cosa más que un “simiesco” tic del asustado niño. El doctor de un fuerte bofetazo le cruzó el rostro. Éste se levantó como accionado por un resorte y, con su andado de chimpancé, saltó con gran agilidad de la cama y se dirigió al cuarto de sus padres, gritando: -¡Mamá, mamá!

El galeno se percató entonces de que el niño no había entendido la muerte de su madre, y por un instante sintió pena por él. -¡Qué solo se quedó el Cheetah! Pensó con rabia. Ahora el imbécil soy yo con esta cosa tan fea...

Sin mayor complicación, salió hacia su despacho, que estaba en la parte del frente de su casa, sacó de su maletín la hipodérmica más grande que encontró así como un frasquito y se puso tras el muchacho. Lo tomó por el cuello, se lo puso sobre las rodillas y lo inyectó de la forma más cruel, sin siquiera esterilizar nada o bajarle la ropa, sobre la pijama misma. El muchacho gritaba del susto y del dolor. Segundos después Manolín era semejante a un pequeño monito, desmadejado, tanto así que parecía estar muerto, como listo para un experimento de laboratorio. Lo tomó por el cuello y lo llevó a su cuarto, y desde la puerta lo lanzó sobre la cama, donde cayó con gran estruendo, tanto que casi pasa directamente hasta el suelo, donde probablemente se hubiera partido el cuello. Afortunadamente, la estancia no era muy grande, ni el espacio de la puerta a la cama tampoco. Apagó la luz y salió, sin siquiera cobijar al infante.

Ya en su cuarto, se sentó sobre la gran cama y lloró con fuerza, por su esposa muerta y por el culpable de todo: su hijo tan feo. Tenía rabia con Dios que le deparaba momentos así, de soledad, frustración e impotencia. Dentro de sí, pidió a la vez perdón, una vez más, por odiar al niño, culpable de todas sus desgracias y consciente de que era inocente.

- ¡Seguro me voy a ir al mismo infierno! ¡Lo peor, yo, médico pediatra! El no había sido malo ni de sentimientos crueles, y no entendía por qué ahora se sentía y actuaba de esa manera.³

Para empeorar las cosas, al día siguiente Manolín, quien drogado durmió descubijado toda la noche, amaneció con mucha temperatura y un ataque de asma, igual a los que le daban últimamente a su madre. Cuando el doctor vio a su hijo hecho una desgracia, todo sucio en su camita, rojo de ira, expresó: -¡Me cago en la puta que me parió!

Buscó entre un montón de ropa, tomó la que se le ocurrió, agarró al niño y lo puso en el piso de su carro, sobre periódicos viejos, para que no le ensuciara los asientos y con la orden de no moverse para nada, pues lo mataba a palos allí mismo. Lo llevó como a veinticinco minutos de allí, a la casa de una antigua empleada doméstica, doña Carina, muy buena persona. Le entregó al niño junto con varios billetes de cien colones, y le pidió que se lo cuidara mientras enterraba a

su esposa y pasaba el duelo. La mujer, muy pobre en verdad, al ver tanta plata le brillaron los ojos y accedió gustosa; ya en su primera infancia ella lo había amamantado, cuando su madre estaba muy enferma y no tenía leche. Doña Carina no encontraba a Manolín tan feo, para ella era un inocente, un pobrecito del Señor, nada más.

Temporalmente, al menos, el doctor tenía solucionado su mayor problema: cuando le preguntaron dónde estaba el niño, explicó que se lo había dado a una señora muy buena que trabajó para ellos, con el encargo de que se lo cuidara mientras daba santa sepultura a su mujer y pasaban algunos días del duelo.

Manolín, a pesar de lo pequeño que estaba, poco a poco se dio plena cuenta del trato de su padre y de las cosas que le decía. Comenzó a tenerle mucho miedo y la ausencia de su madre fue creciendo dentro de él, como un gigante, al punto tal que no volvió a preguntar por ella. Todo el mundo le tocaba la cabeza y le decían: ¡Hola, Manolín! ¡Pobrecito, tan solo que se quedó! ¡Angelito de Dios...! No sabía qué era lo que pasaba, pero de algo estaba seguro: estaba muerta. Allí nació su eterna tristeza y su soledad.

Pasado el duelo, el doctor se sentía cada vez más triste, afortunadamente el dinero abundaba y doña Carina le cuidaba a su hijo, se lo alimentaba y lo mantenía limpio y, sobre todo, lejos de él. Pero llegó el momento en que el niño tuvo que volver a casa con su padre. Manolín seguía con sus berrinches de costumbre y su padre con costos lo volvía a ver. Hubo momentos en que en su inocencia de niño, Manolín se le acercaba para abrazarlo, y con su gran mano lo hacía a un lado y le decía: ¡No me molestés! ¡Andá al patio y jugá allí, subite a algún palo y brincá de rama en rama, como buen mono que sos! Eso sí, en silencio, porque de lo contrario te sueno!

Hurgando, un día de tantos y por accidente, entre los papeles que conservaba de su padre, el doctor encontró algunas fotografías suyas con su abuelo. Las había tenido allí por tantos años y nunca les había prestado la mínima atención. Pero esta vez, todo fue diferente. Se puso sus finas antiparras y aterrizado observó cómo él y su hijo, en esas edades, se parecían terriblemente, lo peor de todo: tanto padre, así como su abuelo paterno, de quien sólo cosas buenas se decían, tales como su inteligencia, elegancia y refinamiento, eran la viva imagen de monos del África. Su hijo en comparación con su padre y abuelo Emmanuel (así también era el nombre completo de Manolín) era la encarnación de la belleza. Puso sus fotografías y sus anteojos a un lado de la cama y se sentó, casi con la vista nublada. Un sentimiento de frustración, de dolor y de arrepentimiento lo embargó. Había sido tan injusto con su pequeño muchacho. No tenía la culpa de nada: era hijo, nieto y biznieto de tres monos. No atinaba a comprender cómo él había cambiado tanto y se había convertido en el hombre tan bien parecido que era, con su esbelto cuerpo de un nadador, un verdadero atleta. No entendía nada, absolutamente nada. Además cómo podía él, siendo un buen católico, médico pediatra, rechazar nada menos que a su propio vástago. Salió a la calle y caminó hacia la iglesia más cercana, Santa Teresita del Niño Jesús. Entró y de rodillas pidió a Dios perdón por su conducta y buscó al sacerdote, a quien conocía bien, pues en una ocasión lo curó en una emergencia. La conversación con

el sacerdote fue edificante y aclaratoria. Salió de la iglesia más tranquilo pero todo abatido, no sabía qué hacer, pues a pesar de su arrepentimiento seguía rechazando a Manolín, a quien culpaba de todos sus males. Mientras pensativo se dirigía a su casa, sintió que alguien lo miraba intensamente, desde la acera de en frente. En efecto, una joven mujer le sonreía, como si lo conociera. En verdad era muy bonita, además muy bien vestida: le gustó mucho de inmediato; estaba muy sola y aun cuando su mujer era todo lo que más amaba, su naturaleza le pedía, nuevamente la dulce compañía de una dama, a pesar de tan pocos días de duelo. Sonrió y cruzó la calle. Esa fue una amistad especial y el inicio de lo que sería su segundo matrimonio. Su esposa, profesional, al igual que él, farmacéutica hecha en la UNAM, venía del Distrito Federal. Su vida mejoró mucho, tanto así que ya no veía con tanto odio a Manolín y soportaba mucho más su presencia, aunque en el fondo lo seguía culpando. La vida continuó hasta que un día, cuando su buena mujer, que vestía a Manolín, éste en un arranque de celos por su madre desaparecida, pateó la cara a la doctora. Ella, furiosa, no se pudo contener y le dio un fortísimo manazo, tomó el teléfono, llamó a su esposo, tajantemente le dijo que no soportaba más a ese niño tan raro, que escogiera, porque de lo contrario se volvía a México al día siguiente. El galeno vino a casa de inmediato, y sin decir nada, tomó un palo de escoba y azotó con suma violencia a su hijo, tanto que éste no soportó, ensució sus pantalones y se desmayó. No lo mató, porque su esposa se interpuso y se lo impidió. Pasado esto, lo limpió y lo llevó donde sus hermanos solterones unos y viudos otros, que vivían todos en una gran casa, otrora el hogar de sus padres. Allí lo dejó al cuidado de ellos y a la buena de Dios. Ese fue el inicio del exilio de Manolín y representó una nueva faceta en su vida: la libertad absoluta, al menos durante el día. Ya podía andar por las calles a su antojo y hacer lo que le diera en gana. La calle fue, por antonomasia, la escuela de la vida en donde aprendería de todo. Esto empeoró su situación, pues cada vez estaba más disperso y tonto para todo, en especial para el estudio. Manolín conoció la injusticia en carne propia; inocentemente preguntaba por qué a su berrinchoso primo hermano, que también vivía en la casa de sus tíos y sí era un niño lindo, le daban esto o lo otro, en cambio a él no. La respuesta no se dejaba esperar y con rabia le decían: -¡Es que Fernando es Fernando, y usted, es usted! ¡Se calla, agradezca que está aquí arrimao, mono narizón!

La vida para Manolín devino en una eterna lentitud, todo transcurría muy despacio. Su mayor deseo era apurar la existencia misma, pero no lo lograba, por más que caminara las calles de la ciudad. Eso de deambular solo por todo lado, con su rostro mirando al suelo, lo acompañó toda su vida, hasta el final mismo. Como dice Papini:

Un minuto es corto, pero puede ser infinito. La eternidad no es breve ni larga; es un instante que carece de presente porque ignora las divisiones terrestres del pasado y del futuro. [...] El hombre es un continuo peregrino, habitante de un tiempo minúsculo: la marea del mañana lo arroja a la orilla y la marea de la noche lo lleva hasta el fondo. Nuestra vida es un punto

entre dos abismos de la nada, un instante de luz entre dos eternidades de tinieblas.⁴

Todo eso era como un terrible existencialismo, como diría Nietzsche, no se vislumbraba visión trascendental alguna en ese atormentado ser humano, seguía, día a día, totalmente disperso entre la vida y la eternidad. Su mente, a pesar de esa aparente estupidez, era brillante; sin darse cuenta él mimo de nada, se percataba de todo y, como si fuese una cámara de video, registraba toda su realidad hasta los mínimos detalles. Todo se complicaba: sus irresponsabilidades, su falta de interés en el estudio, las malas notas, las terribles palizas de su padre que lo visitaba ex profeso para dárselas, cuando había quejas de los tíos, todo fue, poco a poco, in crescendo, llenando a ese ser conturbado. Por otra parte, su físico fue cambiando, poco a poco, ya no era tan refeo, no así su andar simiesco, sus manos y pies muy grandes que fueron siempre su impronta. Al caminar por la vida, los otros seres humanos muchas veces eran crueles, terriblemente crueles para un alma de niño sensible e inteligente. ¡Monín, Monín! Le gritaban en la escuela y luego en el Liceo, en donde hizo fama por bruto e incapaz, parecía ser algo como in ordine naturae. De “Monín” pasó a “Tontín”; eso no se recuperaría jamás, su aparente estupidez era supina y rara, en verdad, llamaba la atención y, en cierta medida, sacaba partido para su propio beneficio pues generaba lástima en los demás. Ya en el colegio hizo, a pesar de todo, algunos buenos amigos, que lo ayudaron unos y lo perjudicaron otros. El rechazo de las niñas, desde la primera infancia, se hizo más que notorio, momentos de la vida en que el físico es lo único que cuenta: ninguna quería bailar con él en las fiestas colegiales o del barrio. Su torpeza, sumada a su mal aliento, falta de clase, la caspa que le caía como nieve en sus hombros, hacían que todas le huyeran y se burlaran de él. El despertar del sexo aumentó sus debilidades, la conciencia de que hacía mal con su exacerbada masturbación, que le generaba un sentimiento de culpa gigantesco, le amargaba la vida aún más. Por algún tiempo, la cosa religiosa lo ayudó a calmarse un poco, después la abandonó, ya no la encontraba útil. En otras ocasiones, hubo días en que, a las seis de la mañana, estaba en la iglesia confesando el mismo pecado, hasta el punto que un sacerdote lo increpó con furia y firmeza a la vez, cosa que lo asustó terriblemente, ya que le dijo que si seguía así en eso, se iba a ir directamente al infierno. Vinieron los atribulados sesentas, con la cosa hippie, el asunto extraterrestre, que también lo mantuvo interesado por mucho tiempo, así como su paso por los Estudios Generales, a los que llegó no sin antes pagar una cuota terrible de dolor. Descubrió allí, en la universidad, que no era tan bruto para el estudio, como se le había dicho toda su vida. Un año antes de esto, un profesor de literatura clásica en el Liceo de Costa Rica, un caballero, hombre de gran continente e intelectualidad, lo había introducido a la música de Antonio Vivaldi, específicamente a sus Cuatro estaciones. Allí inició una de las más ricas y sublimes etapas en la vida de Manolín: su afición por la gran música, Beethoven, Mozart, Händel, los Gabrieli, Frescobaldi y muchos otros fueron a los que escuchó hasta la saciedad: empezó a conseguir o comprar discos de música clásica. Ésta, pan de los ángeles, lo consoló siempre, hasta el

final de su vida. Pero aun en esto era un tanto raro: no le gustaba la música de piano, sino la barroca con trompetas, órgano, timbales, la Lully y los luises de Francia. En sus años mozos así como de hombre grande, la música le consumía mucho de su tiempo. Era en los días de la Semana Santa, cuando se apartaba del mundanal ruido y las Pasiones según San Mateo y según San Juan, de Juan Sebastián Bach, los que se escuchaban en su casa a gran volumen, lo que hacía que los vecinos se molestaran, pero a él no importó jamás. También la Misa en re menor, de Bach, así como los Requiem de Mozart y de Fauré, hacían las delicias de sus oídos. Esa era la verdadera comida de Semana Santa, el chiverre y otras delicias de la cocina criolla no le hacían nada de gracia. También iba a las iglesias de San José a visitar el Santo Monumento y su vida era un río manso de paz. Los días de la Navidad eran su momento de felicidad al final del año; la música volvía a llenarlo de alegría: corales navideños, el Mesías de Händel, los villancicos alemanes, gringos y españoles lo hacían sentirse lo que no fue: un niño lindo; eso sí, su alma se engrandecía enormemente. Hasta participaba de fiestas familiares, lleno de alegría sincera. Tenía una risa escandalosa, con su gran boca abierta y mostraba todos sus dientes blancos, muy parejos y bonitos. Los rosarios familiares del niño lo volvían loco de felicidad. Pocas veces nuestro héroe fue tan feliz como cuando lo invitaban a rezar por el Niño Dios en algún portal; ya fuera de su familia o de amigos. Sonreía profundamente y estaba feliz; se olvidaba de todo. Los que lo observaban se asombraban de cómo el niño que en el fondo siempre fue a floraba inocente, puro y feliz dentro de él. Algunos de sus tíos, que sí lo amaban mucho, se sentían conmovidos por el sobrino “ton-tín” al verlo pontificar con gran seguridad sobre temas que dominaba. Su voz era fuerte, vibrante y melodiosa: los viejos se sentían orgullosos y se lo hacían saber, que era una lástima que tuviese esa actitud con la vida cuando tenía tanto que disfrutar en ella. Pero le entraba por un oído y le salía por el otro. Sabía, en el fondo de su persona, que eso le hacía muy bien al espíritu, asimismo que fue insensato al no prestar atención a tantos que lo quisieron y lo aconsejaron bien. Tiempo atrás de todo esto tan hermoso, silenciosamente había pasado a Dios de nuevo, con quien hizo sus paces y aprendió a amarlo por medio de la razón, dentro de los límites que esto permite.⁵ Hizo amistad con algunos sacerdotes, de órdenes religiosas, algunos de los cuales visitaban a su emperifollada familia, otros que él mismo buscó. Se interesó, asimismo, por leer mucho sobre historia, en especial de la Grecia antigua y Egipto, elementos que lo cautivaban y supo mucho siempre del tema: cuando estaba comunicativo, solía conversar y recitar de memoria todo sobre batallas, números de legiones y ejércitos, tácticas de guerra de los romanos y los griegos, así como un sinnúmero de nombres de dioses, hombres, héroes y escritores griegos y de oriente medio, todo lo hacía con prodigiosa memoria, dejando a los otros admirados y convencidos de que ni era tonto, ni de que era un mono de zoológico. Para esos días festivos, solía usar buena ropa, tenía lindas y caras sweaters israelitas de lana peinada, buenos pantalones y usaba colonias que olían rico. La gente olvidaba entonces sus cosas raras y nadie osaba burlarse de él, o hacer mofa de lo que conversaba. Sí, pero a pesar de todas las cosas, esa extraña dicotomía dentro de él nunca pudo incli-

narlo lo suficiente hacia una felicidad más plena y edificante en su vida diaria. Lamentablemente nada fue más allá de allí donde había llegado; su desidia hizo que todo se quedara en el ámbito de su vida privada y de muy pocos allegados, jamás quiso continuar con sus estudios académicos, siempre se justificaba al decir que ya era muy viejo para eso, la verdad era simple pereza y ganas de no esforzarse para nada, además de los terribles complejos de inferioridad que siempre se lo comieron. Por allí de sus años universitarios, hizo también algunas buenas amistades femeninas, pero cuando la amistad pasaba del límite y el pobre se entusiasmaba más de la cuenta, era rechazado inmediatamente. Se volvía entonces, con fiereza, contra las mujeres y las insultaba todas, quedándose siempre irremisiblemente solo; carecía de habilidad para manejar las situaciones de la vida cotidiana. A veces se dispersaba todo y allí se recluía dentro de su soledad. Tuvo momentos tragicómicos: un día de tantos uno de sus tíos lo mandó a cambiar un cheque al Banco Nacional. La noche anterior había tenido relaciones con la femme de ménage de su familia, que era la mujer de mayor edad, la puta gratis, vieja y fea que tenía pelos en las tetas, cosa que contaba con gran asco. Como de costumbre, andaba siempre sin bañarse, olía mal y se sentía envilecido totalmente. Irónicamente decía con una gran carcajada que “tenía palidez de madrugadas de vicios subterráneos, inconfesables siquiera” Ese día del banco, se puso en la fila de los cajeros, y por un instante se perdió en su mundo extraño completamente, hasta el punto de cerrarse y no darse cuenta de que no se había movido y había dejado un gran espacio entre la persona que seguía delante de él en la fila. Sucede que le habían dicho ya que se corriera, pero simplemente no había escuchado nada ni a nadie. Un español de avanzada edad y de muy malas pulgas, estaba unas cuantas personas atrás suyo. Furioso porque no se movía la fila, con una gran voz, fuerte y ronca, lo increpó delante de todos, para que reaccionara: ¡Oye tú, imbécil! ¡Tú, el tío narices! ¡Coño! ¿Estás muerto o qué te pasa? ¡Muévete, que la fila ya llega al cajero! ¡Venga hombre! ¡Coño! Ante tales gritos, Manolín sobresaltado reaccionó y se corrió, rojo de la vergüenza, pues todo el mundo se rió de él. Una vieja, vecina de su familia, estaba también en la fila y escuchó al español. Días después todo el barrio lo sabía, y se quedó “el tío narices” para siempre. Al llegar al cajero, Manolín iba todavía sudoroso y totalmente conturbado. Miró de frente al hombre detrás de la ventanilla, y le preguntó: ¿A qué horas cierran el Banco?

-A las tres joven, ¿por qué?

-Por nada. Gracias.

Se dio media vuelta y salió de allí como alma que lleva el diablo, ante el estupor del cajero y de los que estaban cerca de él. Al regresar a su casa, buscó a su tío, y le dijo: -¡Tío, el Banco lo cierran a las tres!

-¡Imbécil! Eso ya lo sé. ¿Dónde está el cheque que te pedí me depositaras?

-Aquí está, tome. Es que se me olvidó.

-¡Qué bruto que sos y qué imbecilizado estás! ¡Dame eso, idiota de mierda!

De un tirón le arrebató el cheque y con la otra mano le dio un manazo por media cara, con tal fuerza, que se fue para atrás y pegó en una puerta, que estaba medio cerrada y finalmente paró en el suelo de la otra estancia.

-¡Animal, no servís para nada! Mañana voy a tener que ir yo...y con todo lo que tengo que hacer. ¡Este idiota no sirve para nada, para nada! Por este tipo de cosas, la gente pensaba que era retardado mental y alelao, cuando en realidad lo que Manolín tenía era un muy raro mecanismo de evasión.

Ya adulto grande, en algunas reuniones de familia, él mismo contaba la anécdota y lo hacía de manera simpatiquísima con gestos y caras que él decía se parecía a Cuasimodo, pues era bueno para la actuación, todo el mundo, empezando por él mismo, se reía de su cuento, pero en sus ojos había una mirada de tristeza y desilusión, de fracaso. Exorcizaba el mal, burlándose de sí mismo.

En otro momento de su juventud, cuando asistía a la misa dominical, conoció a una muchacha, nada bonita, pero sí muy dulce, buena y llena de complicaciones mentales como él. Dos soledades que por raras químicas de la vida se juntaron. Era un vínculo que nació muerto. Ella también era un ser conturbado, lleno de inseguridad, mucho más que él, pero de alma artística y con una voz de soprano de coloratura, que se perdió para siempre sin cantar más allá de un Ave-maría en alguna misa familiar. Él se percató inmediatamente de lo conflictiva que era Rosaura, pero no le importó nada. Su vida entró en una faceta nueva, que vería una serie de pleitos violentos por relaciones sexuales incompletas e insatisfactorias; como de nuevo nos hablaría Papini, la [amó hasta el extremo de odiarla, ya que el odio [fue] la vigilia o el mañana [de su] amor. La [amó] como recuerdo de su felicidad y la [odió] por ser el recuerdo de su caída.⁶

La vida le deparó a Rosaura un terrible final: murió en un accidente de automóvil. Una hermana de ella se moría por falta de un riñón: el riñón de Rosaura le devolvió la vida y la posibilidad de sobrevivirla veinte y tantos años.

Otras féminas aparecieron de tanto en tanto en la vida de Manolín; algunas eran simplemente relaciones ocasionales, pero su inseguridad lo llevó a un grave problema de eyaculación precoz que hacía que ninguna lo quisiera después de la primera vez. Algunas eran muchachas de valía, pero él siempre les encontraba defectos, en especial si eran tetonas: necesitaba minimizarlas para poder tener una excusa, dejarlas y salir huyendo. Era evidente que tenía su buen rollo con las tetas de las mujeres. Sus mayores éxitos fueron con las putas, con las que aparentemente sí era un éxito, claro todo bajo sus presupuestos: un total asunto de egoísmo, poder y sumisión. Emulando a Papini por enésima vez, la prostitución es el destierro del alma obtenido con la venta de los cuerpos.⁷ En su complicada química mental, su machismo exacerbado, la mujer era para él sólo un objeto sexual, pero nada más. Cuando le aparecía una dama, sobre todo con acopio intelectual, la cosa no podía funcionar jamás. En otras ocasiones, la belleza física tomaría ventaja en el asunto de las mujeres; así fue como conoció a la que sería su esposa, complicada mente, de las que se casan sin amor, sólo por conveniencia... de las que comen el pan de aquellos a los que no aman y al que engañan, o sea un tipo de prostitución según los presupuestos de Papini. La trágica y patética vida que vivió desde niño le hizo autoengañarse siempre. Se sentía incapaz de poder estar a la altura de cualquier mujer y siempre se moría por ellas, por las bonitas y buenas, que eran inalcanzables, para él, al menos. Lo ironía dramática es que, al igual que su padre, con los años fue cambiando y mejorando, ya no parecía un

mono africano, por el contrario, daba la impresión de un doctor judío del Sanedrín de la época de Cristo, o un italiano de la Calabria de estos tiempos; su gran nariz ahora le daba el aspecto de sabio e inteligente, hábil y analítico, si por las características físicas se puede inferir algo en un ser como estos. Ya pasaba inadvertido entre las gentes; muchos se lo hicieron saber, pero él insistía en que era muy feo, espantoso y con ese pensamiento se fue de este mundo.

El doctor, su padre, con los años y la compañía de su buena y bella esposa mexicana, que lo cuidaba con gran amor y cariño, vivió días de mucha tranquilidad y prosperidad, en medio del bienestar económico y su fama de otrora buen galeno. Pudo finalmente aceptar, seguro por la madurez y sabiduría que da la vida, la relación entre él y su hijo Manolín; por fortuna todo devino en respeto y amistad mutua y sobre todo aparente paz. En ese sentido, la vida de ambos maduró y nació una excelente amistad, tanto así que el galeno murió malo del corazón, relativamente joven a los sesenta y tantos, en los brazos de Manolín, con la bendición y gracia del Señor. Aterrorizado por la fealdad del muchacho, el médico no quiso jamás tener otros hijos; además, algunos de sus cuñados eran bien feos, pensaba que no podría resistir a otro monito y mucho peor si era monita. El doctor jamás fue feliz totalmente, siempre tuvo en cuenta su conducta tan poco cristiana del principio, su rechazo a la fealdad del muchacho, que fue su piedra en el zapato siempre. Los años hacen que muchos hombres busquen a Dios e imploren su perdón. Aunque Dios ya lo había perdonado, él no lo había hecho consigo mismo, siempre se sintió un mal hombre, sentía que la semilla del mal estaba arraigada en lo profundo de su ser. De lo insuficiente, lo limitado y lo corruptible, Dios sabe sacar el bien que desea ⁸ ya que Manolín, en estos menesteres mostró, extrañamente, que sí era más noble, maduro y bueno que su genitor: perdonó de corazón a su padre, por otra parte sí aquilató muy bien todo lo que sus tíos le habían dado y lo que habían hecho por él. Siempre decía que los golpes de la vida le habían enseñado lo que no aprendió en la universidad ni en los libros que leyó. Hasta la saciedad y por convicción propia repetía su máxima, siempre pontificando: “La letra con sangre entra”. Por otra parte, nunca culpó a nadie de sus fracasos, tales como no terminar su carrera universitaria en filosofía; insensatamente tomó un camino equivocado: trocó todo por el sexo descontrolado, con putas, claro está. Solía decir riendo mucho: “A mí me encantan las putas, soy un hombre de putas, ¡De putas, sí señor!” También, en un futuro supo encontrar el momento adecuado de ponerse a tono con su madrastra, la doctora mexicana: en una reunión familiar, ante todos se puso de rodillas, le pidió perdón por todos los dolores que le había ocasionado en el pasado. Ella, también llorando, lo abrazó y lo perdonó. Era menester, para la salubridad de todos en la familia, que se cerraran todos esos círculos feos y dolorosos. La doctora en sus días de vejez retornó a su familia en México y allí bien anciana, volvió a los brazos del Señor.

En tanto la vida de Manolín, por estos lares, había seguido su curso y él había envejecido relativamente con ella, lo hizo sin gran aparato ni pompa. Su vida ya anteriormente había mejorado mucho, aunque no todo lo esperado, pero le trajo una relativa paz, superó sus rabietas familiares de otrora, gritos, golpes y una que otra “patada voladora” que ocasionalmente le lanzaba a su mujer,

que al inicio de su relación, como era de esperarse, le había puesto los cuernos, y bien puestos... Eso lo hizo sufrir muchísimo y fue el fin del amor en el matrimonio. Todo siguió así, hasta el momento en que vinieron sus bellos hijos; allí su conducta agresiva se acabó. Estos muchachos, a pesar de todo, fueron criados con amor, en medio de mucha necesidad económica, pero la vida les depararía los éxitos que no le dio a Manolín, en especial, dentro del mundo de la academia, allí se graduarían como profesionales, médicos dos y uno ingeniero, con excelentes currícula. En ese sentido, nuestro héroe tuvo un respiro en su atribulada vida, especialmente en el ámbito económico. Por otra parte, calmó un tanto su angustia: de agresor de su esposa, pasó a ser el agredido y el “sometido” a la férula de ella, al punto de perder toda su personalidad. Las relaciones sexuales dejaron de ser un asunto importante entre ellos; sencillamente se acabaron, se murieron, por mutuo acuerdo o lo que sea, no hubo nada más, ya no me gusta esa vieja, para nada, fue su comentario final. Encontró en las andanzas de antaño de nuevo su entretenimiento presente. Conoció, por cosas de la vida, a una prostituta de cierta edad, a quien apodaba “la abuela”, llamada Hermelinda, quien, a pesar de ser bien fea, le hizo las delicias de sus años otoñales, aunque lleno todo de insatisfacciones, de distancia social, de abismo intelectual, social y todo lo demás. Durante quince años visitó a su meretriz, semana a semana, y a la par de ella, vivió la parte final de su vida y todo tipo de males: remordimientos de conciencia, culpa psicológica y su consabida hipocondría. Nunca tuvo ningún mal en verdad, sólo una que otra infección, resfríos, presión arterial alta, pero nada significativamente dañino. Los años, como a todo el mundo, le declararon la guerra y para paliar todo, según él, abandonó con gran indiferencia las cosas más comunes pero indispensables para quien vive en sociedad con otros: el andar limpio, cuidar su persona o refinar sus relaciones con los demás, todo le importó nada; el cinismo llevado a ultranza: *El que me quiera me acepta así, si no se va pa' la mierda, eso incluye a toda mi familia. Ya pa qué, si ahorita me voy a morir.* Se percató, eso sí, de que su problema mental lo estaba somatizando en su impotencia. Un farmacéutico viejo antes lo había prevenido contra el uso de la Viagra, por posibles problemas cardíacos como un infarto: tenía la presión sanguínea bastante alta, pero otro farmacéutico, más joven, inteligente y de estudios más modernos terminó recetándole un “genérico” que le funcionó bien, tan bien que, finalmente, en medio del abuso, como era de esperar, terminó por llevárselo “al otro potrero”. Su extraño concubinato con la mujer de la vida sirvió para ayudarla, pues le apuntalaba la cosa económica, con víveres y algo de dinero, por tanto tiempo que fue un ingreso extra todas las semanas. De un mal siempre salió un bien. Las palabras lapidarias del *scrittore maledetto* son semejantes a una adecuada coda a la historia de Manolín: *El hombre, precisamente porque es hombre, termina por hastiarse de toda forma humana y aspira a ser radicalmente lo que no es, es decir, un hombre. Aun a costa de degradarse.*^{9, 10}

Dice el prolijo y extraordinario verbo de Gustavo Adolfo Bécquer:

¿Vuelve el polvo al polvo?

¿Vuela el alma al cielo?

*¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé, pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!*

Esas tremendas palabras infunden miedo ante lo existencial e ignoto: el insondable misterio de la muerte. Pero así como Manolín vivió su vida llena de dolor y de una total ausencia de discernimiento sobre su propio destino, sus tres hermosos hijos que lo sucedieron fueron entonces los amados, respetados de todos, inteligentes, buenos y bien parecidos, al igual que su abuelo, el médico, de gran porte, estatura y mucho garbo. El estigma del mono fue exorcizado para siempre. Los nietos llegaron uno a uno, como flores del verano, en especial Santiago, que ya a los ocho meses, fue la viva imagen del ángel que llena de amor a todos. Es casi seguro que Manolín desde el cielo sea feliz al mirar a todos y, asimismo, ruega a Dios para que los bendiga y libre de una vida como la suya. Al fenecer en forma tan lamentable, pagó, con gran dolor, su tributo a la vida, pero su corazón, bueno y noble, dejó dones a todos los suyos aquí en la tierra.

*A veces se odia por haber amado mucho. No fuimos correspondidos o fuimos traicionados. Pero ¿qué amor es ese que desaparece frente al mal? [...] ¿Quizá no se amó lo suficiente? ¿O no se supo amar?
El amor hace ver hermoso un rostro feo y magnífico un paisaje insignificante. ¿Entonces el amor engaña? No. ¿No se podría decir, en cambio, que el odio hace aparecer feo (o indiferente) un bello rostro e insignificante un paisaje maravilloso? ¿Y no es mejor que todo sea bello y grande? ¿Y que el amor sea la verdadera luz de las cosas? ¹¹*

Barrio Vasconia
Lunes 13 de septiembre del 2010

Notas

- 1 Giovanni Papini. *Informe sobre los hombres*. Buenos Aires: Emecé, 1979.
- 2 Salmo L.
- 3 No es que el mal sea bueno, pero como dice San Agustín: “Porque el Dios Todopoderoso...por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal”.
- 4 *Informe sobre los hombres*.
- 5 La fe y la razón (**Fides et ratio**) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del

hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (cf. Ex 33, 18; Sal 27 [26], 8-9; 63 [62], 2-3; Jn 14, 8; 1 Jn 3, 2). Encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II.

- 6 G. Papini. Mujer, en *Informe sobre los hombres*.
- 7 G. Papini. Prostitución, en *Informe sobre los hombres*.
- 8 Goethe en su *Fausto* calificó al diablo “como una parte de esa fuerza que desea siempre el mal y que termina siempre haciendo el bien”.
- 9 Papini. Evasión, en *Informe sobre los hombres*.
- 10 “Si tomamos a los hombres tal y como son, los haremos peores de lo que son. En cambio, si los tratamos como si fuesen lo que deberían ser, los llevaremos allí donde tienen que ser llevados”. Goethe.
- 11 Papini.